

Fecha de Recepción: 09/01/2018
Fecha de Aceptación: 16/01/2018

GUERRILLAS CIBERFEMINISTAS¹: LA BATALLA DESDE LOS CÓDIGOS

CYBERFEMINISTS GUERRILLAS: THE BATTLE FROM THE CODES

Saleta de Salvador Agra
Universidade de Vigo

Resumen.

Este texto propone pensar las dos décadas de ciberfeminismos como prácticas de “guerrillas semiológicas”. Para ello se analizarán las estrategias sígnicas que convierten a las ciberfeministas en guerrilleras dispuestas a dar la batalla desde el lugar común del código. Atrincheradas en “cibersalones” o en “cuartos propios conectados” atacan al código desde las herramientas Web. Examinar dichas herramientas guiará este estudio centrado en la movilidad de sus posiciones y acciones, lo que nos conducirá a fijarnos en la potencialidad de su ataque. Un ataque marcado fundamentalmente por dos estrategias discursivas: el anonimato y la sorpresa, que dan continuidad a sus interacciones comunicativas *online*. En definitiva, tomando en consideración el cambio y las continuidades en las prácticas ciberfeministas se presentarán aquí como muestras del quehacer propio de una ciberguerrilla semiológica.

Palabras clave.

Guerrilla, ciberfeminismo, tecnologías, código, semiótica, Web

1. Este artículo es un resultado del proyecto de investigación financiado “Teoría de las emociones y el género en la cultura popular del siglo XXI” (FEM2014-57076-P).

Abstract.

The aim of this paper is thinking the two decades of cyberfeminisms as practices of “semiological guerrillas”. To this end, we will analyze the signic strategies that turn cyberfeminists into guerrillas willing to fight from the commonplace of the code. Entrenched in “cybersalons” or “own rooms connected” they attack the code from the Web tools. Examining these tools will guide this study focused on the mobility of their positions and actions, which will lead us to focus on the potentiality of their attack. An attack marked primarily by two discursive strategies: anonymity and surprise, which give continuity to their online communication interactions. In short, taking into consideration the change and continuities in cyberfeminist practices will be presented here as samples of the own work of a semiological cyberguerrillas.

Keywords.

Guerrillas, cyberfeminism, technologies, code, semiotics, Web

1. DE ENTRE TODOS LOS NOMBRES: CIBERFEMINISMO

La proliferación de neologismos con la entrada de las tecnologías digitales refleja, en tanto fruto de una nueva creación nominal, un claro propósito de nombrar una novedad. Así, dependiendo de lo nombrado, surgen nuevas palabras con las que se pretende recoger cambios semánticos que modifican, alteran, transforman o contextualizan dichas mutaciones. La multiplicación de nombres para fijar y clasificar cosas, hábitos, lugares, personas y relaciones desvela la sacudida causada por la introducción de las tecnologías digitales. Un impacto que se ha traducido en un incremento exponencial de términos con los que referirse al nuevo entorno creado. Indicativo de tales innovaciones lingüísticas han sido y son los nombres asociados a los feminismos. Pues el movimiento feminista tampoco se ha librado de nuevas denominaciones y ha pasado, a mi modo de ver, de un proceso de adjetivación a uno de neologización constante. Es decir, de una Tercera Ola plagada por la propagación de apellidos que determinaban la extensión del propio feminismo (feminismo marxista, feminismo igualitario, feminismo radical, feminismo cultural, feminismo liberal, feminismo libertario, feminismo lésbico, feminismo islámico, feminismo decolonial, etc.) a la actual extensión que emana de los múltiples prefijos con los que formar nuevas palabras derivadas de la raíz “feminismo” (postfeminismo, transfeminismo, tecnofeminismo, cyberfeminismo, neofeminismo, hackfeminismo, xenofeminismo, entre otros, e incluso combinando varios prefijos como el caso del postcyberfeminismo, del transhackfeminismo o del tecnotransfeminismo). De modo que, desde los años sesenta del pasado siglo hasta la actualidad, el movimiento feminista muestra, bajo la pluralidad nominal, una riqueza de discursos y acciones que,

acompañando a las vindicaciones propias del movimiento de liberación de las mujeres, se le sumará una ardua labor de redefiniciones. De entre todos los nombres del feminismo aquí me centraré en el de ciberfeminismo.

El afijo ciber- le añade al feminismo un nuevo contexto de reflexión y acción. No obstante, la diversidad de teorizaciones y praxis feministas en el espacio ciber derivará pronto en el plural ciberfeminismos. Tanto es así que tal heterogeneidad arranca desde las primeras apariciones del propio nombre, por lo que se podría hablar de un ciberfeminismo de las VeNuS Matrix, de otro ciberfeminismo de Sadie Plant, del ciberfeminismo de Lynn Hershman Leeson, del ciberfeminismo de Nancy Paterson o del ciberfeminismo de Linda Dement. Todas ellas, desde diferentes lugares geográficos, académicos y desde perspectivas teórico-prácticas distintas, fueron las primeras que comenzaron a emplear el nombre ciberfeminismo a principios de los años noventa del pasado siglo. Se inaugura así, desde el inicio, una polifonía semántica que va a marcar el propio transcurrir del movimiento. Una pluralidad de voces que surgen de los distintos modos de estar y de ser en el espacio creado por el uso de los ordenadores. Esto ha dado lugar a insistir en el espacio de interacción ciber como lugar de convivencia de distintas formas de entender y de hacer ciberfeminismo. Dicha variedad, junto a las aceleradas mutaciones constantes del medio electrónico, ha promovido e invitado avivadamente a nuevos bautizos. Así, recurriendo a otros prefijos, que florecen con el advenimiento de las tecnologías digitales, se ha presentado el tecnofeminismo (Wajcman, 2004), el xenofeminismo (Cuboniks, 2015) o, entre otros, el más actual postciberfeminismo (Hester, 2017).

Si los ciberfeminismos de los noventa fueron leídos en clave de posiciones confrontadas -ciberfeministas distópicas *versus* netópicas o netianas², ciberfeministas esencialistas *versus* antiesencialistas- el tecnofeminismo de Judy Wajcman nace como una vía intermedia entre “el optimismo utópico y el fatalismo pesimista” (Wajcman, 2008: 15). Así, Wajcman, desde una perspectiva constructivista, nos presenta el tecnofeminismo, en 2004, como una continuación de sus estudios precedentes (Wajcman, 1991) sobre la dilatada relación entre tecnologías y género. Abarcando más espacio que el relativo a Internet o a la Web, la socióloga australiana nombra la nueva fusión entre tecnología y feminismo con la finalidad de “ofrecer una manera diferente de comprender la naturaleza de la agencia y del cambio en un mundo postindustrial, así como los medios para introducir un cambio” (Wajcman, 2008: 196).

Otra constante en la relectura de los ciberfeminismos de los noventa, y que allanó el camino para otras manifestaciones onomásticas, ha sido la distinción *online/offline*, analógico/digital o, lo que es lo mismo, la comprensión en aquel momento de una

2. Netianas es el término empleado por Remedios Zafra para describir a “seres conectados, facticios, mediados por tecnología, que transitan en la interfaz tecnológica y en ella se enfrentan a una o varias identidades por inventar (a una subjetividad postcorpórea)” (Zafra, 2005: 66).

separación entre la “realidad” y la llamada “realidad virtual”. Así, por ejemplo, apelando a una “política de la alienación”, el colectivo Laboria Cuboniks, nacido en 2014, presenta un año después el manifiesto *Xenofeminism, A Politics for Alienation*, advirtiendo del mencionado cambio experimentado en relación al devenir de las tecnologías digitales y de sus consecuencias:

“Si el “ciberespacio” alguna vez ofreció la promesa de escapar de las estructuras de las categorías de identidad esencialistas, el clima contemporáneo del social media ha golpeado fuertemente en otra dirección, y se ha convertido en un teatro donde estas postraciones a la identidad son realizadas” (Cuboniks, 2015: 5).

O como lo expresan más adelante en el mismo manifiesto Xenofeminista:

“El potencial de la temprana cultura de internet, basada en el texto, para contrarrestar regímenes de géneros represivos, generando solidaridad entre grupos marginalizados, y creando nuevos espacios para la experimentación, que encendió el ciberfeminismo en los noventa, se ha claramente desvanecido en el siglo veintiuno” (Cuboniks, 2015: 8).

A estas señaladas transformaciones y a un anunciado desvanecimiento de la palabra “ciberfeminismo” (Paasonen, 2011), pronto se sumaron críticas por la falta de efectividad política de las incipientes prácticas *online* (Wilding, 1998; Galloway, 1998; Bassett, 1999). El proyecto de la red *online* Old Boys Network (OBN) de ofrecer una no-definición del ciberfeminismo, anunciada en el First Cyberfeminist International de 1997, se vio empañada por voces discordantes que reclamaban una concreción en la praxis política en el ciberespacio. Esto ha llevado a Helen Hester a reconfigurar aquellas “100 antítesis”³ planteadas por OBN a favor de una actualización que describa la situación contemporánea de la Red trazando líneas de actuación contrastables. A través de las “*n* hipótesis”, Hester (2017) nos presenta el postciberfeminismo, en la estela del citado xenofeminismo, con la intención de repensar, examinar y testar nuevas tácticas y estrategias ante las actuales formas tecnológicas, en general, y ante el quehacer concreto en esfera digital. Así, veinte años después, entre el 15 y el 19 de noviembre del pasado año 2017, se replantearon actualizar el proyecto de OBN y acordaron reunirse para celebrar la primera Post-Cyber Feminist International en el Institute of Contemporary Arts (ICA) de Londres. Partiendo de la indiferenciación entre lo *online* y lo *offline*, según recoge la página Web del citado congreso⁴, presentaron varios paneles para discutir sobre el pasado y el presente. Esto es, para interrogarse y debatir, entre otras cuestiones, la propia propuesta de las “*n* hipótesis” de Hester y el paso de dos décadas de ciberfeminismo, asimismo formularon encuentros

3. Recogidas en <http://www.obn.org/cfundef/100antitheses.html>

4. Véase <https://www.ica.art/whats-on/season/post-cyber-feminist-international>

centrados en la justicia reproductiva, el *biohacking*, el ciberfeminismo sónico⁵ o en torno al sexismo en la industria tecnológica. Temas de plena actualidad que vuelven a poner sobre la mesa el pasado, el presente y el futuro de los ciberfeminismos.

A pesar de los nuevos nombres planteados y de sus reformulaciones teórico-prácticas, conviene, en este punto, recordar el sentido del prefijo “ciber”. Sentido que proviene etimológicamente del griego κυβερ, *kyber*, presente, entre otras palabras, en: κυβερνητική (τέχνη), *kybernètikè*, esto es, la *téchne*, la técnica o arte del dirigir; en el verbo κυβερνάω, *kybernao*, que significaba dirigir, conducir o pilotar una nave, en el nombre κυβερνήτης, *kybernètes*, que designaba a aquella persona que controlaba la nave, quien la conducía, es decir, el timonel; y en el sustantivo κυβέρνησις, *kybernesis*, que denotaba la acción del dirigir. Platón emplea en la *República*, en el libro VI, a propósito de su reflexión sobre la política, la familia de palabras que comparten dicha raíz léxica para referenciar al piloto, al timón y al “arte del timonel” (Platón, 1981: 180). De modo que el prefijo griego κυβερ o *kyber* remite en su origen al control, al mando y de donde derivará justamente la palabra latina *gubernum*, gobierno. Por tanto, lo *kyber* o *ciber* nos emplaza, desde su fuente semántica, al plano de lo político. Sin embargo, el actual incremento del uso del prefijo, para referir precisamente al entorno creado por las redes informáticas, se suele situar en el más reciente siglo XX, en 1948 cuando Norbert Wiener presenta su “cybernetic” como la cibernética o ciencia que estudia el control y la comunicación en animales y máquinas. De ahí resultará la conjugación, propuesta por Manfred E. Cynes y Nathan S. Kline doce años después, de las palabras “cybernetic” y “organism” para formar la abreviatura “cyborg”, entendida como organismo cibernético. La decisiva asociación del prefijo con Internet proviene, en concreto, de la afamada novela de ciencia ficción *Neuromante* de 1984 escrita por William Gibson pues, por primera vez, usa el término “cyberspace” dando así entrada a la concepción del ciberespacio, introducida en 1996 por John Perry Barlow, como un nuevo entorno tecnológico y comunicativo, a saber, como aquel configurado y recreado por los ordenadores.

Este somero recorrido por el prefijo “ciber” nos permite señalar, por una parte, desde su sentido etimológico, la acepción del término asociado al arte del dirigir, del gobernar y, desde el devenir más actual, su extensión semántica al ámbito de lo tecnológico, como control y comunicación con las máquinas. La confluencia de ambos sentidos nos emplaza a situar, efectivamente, lo *ciber* en el marco de la acción política respecto del espacio creado por las tecnologías. Por tanto, atendiendo al parentesco entre esos dos significados del prefijo, podremos convenir entonces que, bajo el paraguas de los ciberfeminismos, concurren lo político y lo tecnológico.

5. El ciberfeminismo sónico entendido como las posibilidades de la creación musical surge de la unión entre el ciberfeminismo y la musicología, abriendo nuevas posibilidades para el activismo en Red. Para un estudio concreto de acciones ciberfeministas musicales, entre otros, remito al estudio centrado en Costa Rica de Susan Campos Fonseca (2016).

La relación entre política y tecnología tiene entre las pioneras ciberfeministas un referente teórico ineludible: la ficción feminista del cyborg de Donna Haraway. Pese a la diversidad de los ciberfeminismos, antes indicada, la unidad llega de la mano de su explícita deuda con la filósofa y, en concreto, con su “A Cyborg Manifesto” de 1984. De hecho, la encomienda formulada por la propia Haraway, cuando expresa que “las historias feministas de *cyborg* tienen como tarea codificar de nuevo la comunicación y la inteligencia para subvertir el mando y el control” (Haraway, 1995: 300), da un sentido de alianza al naciente y posterior movimiento ciberfeminista. La realización de dicha tarea asocia y recoge las dos señaladas acepciones del prefijo ciber en tanto que emplaza al feminismo del final del milenio a recodificar, desde la unión de la acción política y tecnológica. Siguiendo tal encargo se podría entonces englobar las prácticas ciberfeministas y ubicarlas en la común batalla por el código llevada a cabo en el ciberespacio. Como a continuación veremos, la requerida codificación va a pasar por el necesario acceso al código para cambiar sus reglas pero no sólo desde la instancia de la emisión, programando o creando nuevas directrices en la comunicación con los ordenadores, sino también desde la instancia de una recepción activa. En este sentido, las ciberfeministas de antes y de ahora, a mi modo de ver, se sitúan ante el ciberespacio como un colectivo dispuesto a configurar una guerrilla, más concretamente, se podría pensar como el quehacer propio de una ciberguerrilla semiológica.

2. LA BATALLA EN EL LUGAR COMÚN DEL CÓDIGO: DESDE CIBERSALONES Y CUARTOS PROPIOS CONECTADOS

Apelar al código será, según afirmó Umberto Eco, invocar a la guerra. Pues, tal y como advierte el semiólogo italiano, la propia idea de código “no es necesariamente garantía de armisticio y paz, sino que puede ser promesa de una nueva guerra” (Eco, 1982: 246). Él mismo, en pleno apogeo de los medios de comunicación de masas, y ante dicha promesa, alentó a formar “guerrillas semiológicas”. En su célebre ensayo “Per una guerrilla semiologica” (1967) -donde rebatía las teorías mecánicas de la comunicación de masas, defensoras de modelos unidireccionales, por el pasivo papel otorgado al destinatario- propuso reivindicar la *intentio receptoris*. Esto es, proyectó construir una comunicación crítica desde la instancia de llegada, defendiendo la recepción como un ejercicio constructivo en la práctica de la interpretación. Así, en la propia recepción dispuso “la batalla por la supervivencia” (Eco, 1986: 190), como enclave privilegiado para escoger el código (los códigos) con el que descifrar el mensaje. Por esta razón animó a constituir una guerrilla semiológica donde la contienda se localice en la confrontación entre el código de salida y el de llegada. En este sentido, las ciberfeministas en tanto radicaron el combate en el lugar común del código pueden ser presentadas como *guerrilleras semiológicas*.

“Come código y muere” exclamaron las VNS Matrix en su “Bitch Mutant Manifesto” de 1996, cinco años después de su homenaje a Donna Haraway con “A Cyberfeminist Manifesto for the 21st Century”. Ingiere –nos proponen las ciberfeministas- un conjunto de reglas de un sistema estructurado por correlaciones fijas y esa misma gramática te matará. De esta forma, podemos pensar la sentencia como una exhortación sobre la necesidad de trabajar sobre el código (Kuni, 1999). No solo en un sentido general, entendiendo código como las normas patriarcales imperantes en la sociedad, sino también como las reglas concretas de la comunicación en el naciente espacio cibervirtual. “Chúpame el código” -prosiguen anunciando las Matrix- manifestando así su desafío a esas mismas convenciones. Unas convenciones sociales, apelando al sentido más usual de código, entendidas como un conjunto de reglas de correlación y asociación de signos. Sin embargo, tal y como observa Umberto Eco, conviene tener presente que este sentido de código abre siempre la posibilidad a una vorágine de ilimitados juegos signícos: *“el código, incluso cuando es regla, no por ello es una regla que ‘cierra’, puede también ser una regla-matriz que ‘abre’, que permite generar ocurrencias infinitas, y por lo tanto ser el origen de un ‘juego’, de un ‘vórtice’ incontrolable”* (Eco, 1982: 246).

Dicha apertura, que el propio concepto de código contiene, es clave para entender el doble movimiento de la praxis llevada a cabo por los ciberfeminismos, a saber, por una parte, el reto deconstructivo ante un código impuesto y, por otra parte, la batalla en los intersticios del propio sistema regulativo, codificando y recodificando nuevas posibilidades de asociaciones signícas y difundiénolas por la Red. Estas dos direcciones con respecto al código son las que también anuncian el colectivo Luther Blissett, Sonja Brünzels y el grupo autónomo a.f.r.i.k.a, cuando, en honor a Eco, proclaman el nacimiento de “la guerrilla de la comunicación”: *“La guerrilla de la comunicación quiere socavar la normalidad y la pretendida naturalidad del orden imperante. Su posible subversividad consiste, por de pronto, en el intento de cuestionar la legitimación del poder abriendo de esta manera otra vez el espacio para utopía”* (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 6-7)

Cuestionar el código, transformando discursos cerrados en situaciones abiertas (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 7), es justamente el cometido de las guerrillas ciberfeministas, lo que las sitúa, en el contexto de la Red, como “guerrillas de la comunicación” siguiendo la estela de movimientos de Software Libre. Esto es, la idea de entender las reglas y el sistema de comprensión como algo abierto y colectivo las emparenta con la propuesta -en línea con el *open source* y el *copyleft*- de abrir y acceder al código en la Red con la finalidad de usarlo en un sentido amplio; para leerlo, compartirlo, copiarlo, editarlo, en definitiva, para cambiarlo. De este modo, el acceso al “código fuente” autoriza nuevas posibilidades de representaciones digitales al dejar al descubierto el conjunto de instrucciones que permiten la reprogramación. Códigos gráficos, cromáticos, textuales, sonoros, multimedia y de navegación que se podían y se pueden poner al servicio de

las causas feministas. Así las primeras manifestaciones ciberfeministas nos invitaban, por ejemplo, a construir *cyborgs*, cuerpos virtuales con fragmentos elegidos, como en el proyecto *Bodies Incorporare*⁶ de Victoria Vesna, o en el *Cyborg Web Shop*⁷ de Andreja Kuluncic donde a través de una tienda *online* era posible comprar prótesis para incrustar en el cuerpo deseado. Lo cierto es que “desde un punto de vista estricto, todo el que entra en el ciberespacio se convierte inmediatamente en cyborg, ya que depende de máquinas para su «vida online» (Sádaba, 2009: 125). Sin embargo, siguiendo el encargo de Haraway, las ciberfeministas deben codificarlo como “una especie de yo personal, postmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar” (Haraway, 1995: 279). Por lo que ante ese reto el cómo nos convirtamos en *cyborgs* vendrá determinado por cómo se use el código o, lo que es lo mismo, no todos los *cyborgs* serán ciberfeministas.

Ahora bien, si la batalla se juega en el lugar común del código, lo cierto es que el ataque de las guerrillas ciberfeministas se vio condicionado por la estructura del propio código. De hecho, Susanna Paasonen (2011) señala la mutación sufrida en las prácticas de actuación del movimiento ciberfeminista como resultado de un cambio en el código, a saber, de la posibilidad y complejidad de los códigos de los años noventa hasta la sencillez de las actuales plantillas personalizadas, propias de las Redes Sociales (Facebook, Twitter, Instagram, Myspace, Tumblr, Youtube, Wikipedia, etc.). Este movimiento que, en mi opinión, nuevamente insiste en la mencionada heterogeneidad de la praxis ciberfeminista, podría conducirnos a distinguir dos lugares desde los que se libró y se libra el ataque, diferenciando así lo que a mi modo de ver serían los primigenios ciber-salones del más contemporáneo “cuarto propio conectado” (Zafra, 2010).

Los ciber-salones nos transportan a aquella Primera Ola del movimiento feminista, la cual no se comprende sin la referencia a los Salones políticos y literarios que ya en el siglo XVII, con el Preciosismo y las Preciosas, la Corte de princesas y reinas europeas ilustradas pusieran de moda. Estos círculos intelectuales fueron el caldo de cultivo del pensamiento y de la futura acción feminista que vendrá de la mano del Sufragismo y que inaugurará la Segunda Ola. Parte de aquellas conversaciones de salón fueron recogidas en *Cuadernos de quejas y reclamaciones*, escritos por mujeres que, como dice Alicia Puleo, supusieron una enorme contribución para el movimiento social feminista, puesto que: “*en ellos se expresa, ya no una voluntad particular de alguna mujer ilustrada capaz de superar los condicionamientos de la época, sino los deseos de cambio compartidos por el colectivo de mujeres (...)*” (Puleo, 1992: 148)

En analogía con los salones de las Preciosas, los “salones de Internet” también desafiaron barreras (Halmø, 2003) y ayudaron a reforzar el sujeto colectivo mujeres.

6. <http://www.bodiesinc.ucla.edu/frames2.html>

7. <http://www.cyborg.com.hr>

Los cibernsalones, como espacios de debate y encuentro, comenzaron a tomar forma en aquellos años noventa del siglo XX a través de las *mailing list*⁸, de las páginas Web, los chats o los foros donde se daban a conocer contenidos, se intercambiaba información, se denunciaba y se participaba en la construcción del ciberespacio a través de comunidades virtuales de convivencia y encuentro. Con este sentido nacen, por ejemplo, las primeras redes de mujeres, plataformas como Les Penelopes (Francia, 1997), Medea (Italia, 1997), Creatividad Feminista (México, 1997), Mujeres en Red y E-leusis (España, 1997) o, entre muchas otras, SubRosa (EE.UU, 1998). Lugares donde tener presencia, fortalecer las voces *online*, y donde se jugaba con las potencialidades textuales de los códigos propios de la Web 1.0.

La descentralización del código textual corre parejo a la transición de la estática Web 1.0 hacia el señalado dinamismo de la Web 2.0. El advenimiento de nuevas Redes Sociales germina a la luz de la entrada, por una parte, de los cambios sufridos en los códigos y, ligado a esto, por las novedades ofrecidas a las usuarias, ahora convertidas en *producers* (Martínez y de Salvador, 2014). Al igual que la vida de los salones ilustrados pertenecía a determinada clase económica y social, los cibernsalones requerían asimismo de una cierta posición económica (infraestructuras y acceso), a la vez que habilidades técnicas para diseñar (nivel webmaster) y conocimientos para interactuar (nivel usuaria). Aunque el paso a la Web 2.0 no hace desaparecer estas ni otras brechas digitales de género, lo cierto es que los cambios favorecieron una mayor extensión e interacción con interfaces y aplicaciones más dinámicas y sencillas, al mismo tiempo que se expandían los “cuartos propios conectados” que, a diferencia de los cibernsalones, se estructuraron y se centraron en torno al individuo, y a sus relaciones. Remedios Zafra, quien retoma la expresión del célebre ensayo de Virginia Woolf, insiste en su juego metafórico para repensar el alcance de las nuevas fronteras entre lo público y lo privado: *“la habitación propia conectada como lugar privado exige pensar e imaginar la nueva esfera pública como ya permitieran los cuartos propios para los escritores. El cuarto propio conectado permite intervenir y resignificar dicha categoría de confluencia. Porque, insisto, paralelamente a nuestra intimidad, en la habitación conectada concurren oportunidades de acción colectiva y social limitadas antes al «afuera del umbral»”* (Zafra, 2010: 51).

Zafra argumenta así el incremento de lo político. Recurriendo al símil del que se sirvió la escritora británica para responder a lo que necesitan las mujeres para escribir novelas, reivindica de este modo el espacio social de la Web con fines emancipatorios. La oportunidad de dicho cuarto propio woolfiano para construir la subjetividad toma fuerza

8. En línea con el Mail-Art, Victoria Vesna en 1998 presenta el proyecto “f-e-mail”, un juego de palabras con “female”, para crear un cibernsalón, un espacio de visibilidad de y para mujeres artistas a través de la distribución del mail o mensajería instantánea. Véase <http://vv.arts.ucla.edu/projects/95-97/f-e-mail/front.html>

con las nuevas plataformas que pivotan sobre la centralidad del yo. Una gestión del yo que pone sobre el tapete la capacidad política transformadora propia de las “tecnologías digitales de género” (de Salvador, 2008) pues “el cuarto propio nos obliga a una posición política, aquella que nos permita llegar a la autonomía, antes que al «autismo»” (Zafra, 2010: 169-170).

Con todo, sea desde cibernsalones o desde cuartos propios conectados, la guerrilla ciberfeminista comenzó a operar por las sendas *online*, haciendo comunidad desde los códigos de los sitios y portales Web hasta un ir n(h)aciendo en Internet (Zafra, 2005), más propio de las Redes Sociales. La movilidad del ciberataque de las guerrilleras, librado desde el código y contra el código, se dirigió y se dirige, entre otras estrategias, desde la táctica del anonimato y de la sorpresa.

3. ATACAR SIN SER VISTAS: A VUELTAS CON EL ANONIMATO

Como en toda guerrilla, las maniobras de las ciberguerrilleras se llevan a cabo desde una posición no visible. Sin ejército oficial su emplazamiento es móvil y sus destacamentos se sirven de las posibilidades de acción en la Red. Golpeando desde el terreno común del código, el ataque sin ser visto de las guerrillas ciberfeministas constituye una intervención que se vale de sus efectos subversivos. Una táctica ya utilizada en los años ochenta por las autodenominadas *Guerrilla Girls*, donde un grupo de mujeres artistas, haciendo uso de la potencialidad del anonimato, encarnaron formas de “arte político” (*Guerrilla Girls*, 2012: 2). Bajo una máscara de gorila y con pseudónimos de mujeres artistas ya fallecidas, representaron una calculada ofensiva contra la invisibilización de las artistas en los museos y espacios artísticos. Tal y como ellas lo expresan, “nuestro anonimato mantiene la atención en los temas en vez de en nuestras personalidades” (*Guerrilla Girls*, 2012: 20). A partir de las primeras embestidas de las *Guerrillas Girls*, rápidamente el rugido de las gorilas se expande y comienzan a aparecer las “grrls”⁹. El grito de guerra “grrl” concentró, a principios de los noventa, la furia del grupo de música punk, las *Riot Girls*, y el arranque de las primeras plataformas *online* de las *Grrl Power*, de las *Webgrrls*, las *Badgrrls*, las *Plantegrll*, las *Nrrds Grrls* o las *Geekgrrl*, entre otras. Las “cybergrrl-ism” (*Wilding*, 1998), tal y como las denomina Faith Wilding, rugieron y mordieron -según nos invita el sonido onomatopéyico “grrl”- conformando células ciberfeministas con el fin de dar la batalla desde los códigos digitales, empleando para ello, entre otras cosas, la estrategia narrativa del anonimato.

La entrada en Internet supuso pasar de la máscara física de gorila a una mascarada textual facilitada por el entorno *online* (de Salvador, 2016a). Así, los cibernsalones pronto celebraron fiestas de mascaradas y se llenaron de representaciones de identidades de resistencia donde, encubiertas con *nicknames*, mostraban la construcción social del

9. A la intencionada supresión de un “i” por una “r” para abrir lo más posible el concepto al que se refiere, se suma su apuesta por la palabra “girl” y no por “woman”, palabra más empleada por los círculos académicos de los Women’s Studies.

propio código identitario. Dejando al descubierto las convenciones del sistema sexo-género, se valieron del anonimato textual para enarbolar Internet como un gran teatro experimental de identidades o como un “laboratorio de identidades” (Turkle, 1997; Zafra, 2005; Demaria, 2008). Experimentar con códigos textuales y gráficos puso a las guerrillas ciberfeministas en posición para cuestionar los rígidos criterios identitarios, flexibilizándolos y permitiendo la asociación de nuevas relaciones entre los significantes y los significados, revelando así la contingencia de las propias correlaciones. Es decir, sus acciones se encaminan hacia la reivindicación de “alterar el orden pacífico de los signos para poder llamar la atención sobre este sistema de orden y sus funciones estabilizadoras” (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 89). La resultante apertura del código, sustentada en el anonimato, tuvo su máxima expresión en los cibernsalones de los MUSDs o ambientes multiusuarios, las comunidades de rol LmbadMOO y en las salas de chat. Uno de los primeros trabajos sobre las consecuencias derivadas de las interacciones en los cibernsalones fue el de Elisabeth M. Reid, quien en 1991 anunciaba la posibilidad que allí se ofrecía de jugar con la identidad, escapando de los límites del sexo, de la raza o de la edad. En la misma línea, los estudios de Sherry Turkle, nos relatan cómo las experiencias de “vivir en la pantalla” se tradujeron en formas de “trabajar sobre sí mismo” (Turkle, 1997: 241), ofreciendo vivencias que revelaban el poder textual de las interacciones y de los juegos *online*. Juegos y videojuegos con los que las primeras ciberfeministas pusieron en práctica el mandato de Haraway. Así las Venus Matrix con *All New Gen* (1993) o *Bad Code*¹⁰ y Linda Dement con su *Cyberflesh Girlmonster*¹¹ (1995), entre otros, nos invitaron a jugar codificando identidades alternativas, identidades cyborg. Cyborgs que se valían de la tecnología digital para atacar los disciplinarios códigos femeninos.

La táctica de estas incipientes ofensivas se anclaba en la interpretación de las posibilidades de la mascarada como “ejercicio de producción textual” (O’Brien, 2003: 125) en un ciberespacio donde poder deshacerse de las ataduras corpóreas. Esto es, huir de los confines materiales del cuerpo físico en una celebrada descorporización (de Salvador, 2016b) derivada de la distancia o por la interposición tecnológica. Así, la mediación de la interfaz permitía acceder a un “lugar” donde re-escribir el cuerpo con palabras. Sin cuerpos que interactuen y hablen de manera espontánea, las encumbradas voces descorporizadas o multicorporizadas, por obra y gracia de la distancia, buscaban perturbar, probar y transgredir los roles sexo-género. A través del texto y después gracias a avatares icónicos móviles (de Salvador, 2016b), las ciberfeministas desplegaron su eficacia *online* con el fin de provocar efectos en la propia construcción identitaria. Sin embargo, esta lectura de una comunicación capaz de traspasar el *topos* de la identificación-identidad, entendida como anatomía biológica, esto es, de una

10. <https://vnsmatrix.net/all-new-gen/>

11. <http://www.lindadement.com/cyberflesh-girlmonster.htm>

comunicación entre mentes sin cuerpo, no tardó en ser cuestionada. Ya a principios de los noventa, en el punto álgido de las prácticas anónimas descorporizadas, Allucquère Rosanne Stone (1991) arranca el debate sobre la presencia o no del cuerpo en Internet. A partir de ahí, se suceden advertencias: sobre el posible fracaso del anonimato para negociar las diferencias (Wilding y Fernández, 1999), sobre una vuelta al cartesianismo (Ocampo, 2016) y a las dicotomías que ensalzaron lo masculino-incorpóreo, con sus nefastas consecuencias para el “polo femenino”, de igual manera se cuestionó la supuesta capacidad imaginativa (Braidotti, 1996; O’Brien, 2003) asociada a la potencialidad de las palabras sin cuerpo o la denuncia explícita de interacciones en cibersalones que reiteran estereotipos étnicos (Nakamura, 2001), manteniendo y reforzando las jerarquías de raza y género (Daniels, 2009). Estos y otros debates centraron las esperanzas y los fracasos de las primeras estrategias narrativas de las ciberguerrilleras.

El auge de los cuartos propios conectados volvió a reavivar la utilidad de la táctica del anonimato. Las Redes Sociales pusieron el foco de atención sobre las oportunidades de un espacio propio de autogestión narrativa del yo. Vídeos, imágenes, textos, sonidos sobre uno mismo, con los que describirse y presentarse ante un potencial público, nos conduciría rápidamente a preguntarnos si continúa siendo necesario debatir sobre el anonimato como una posible estrategia de las guerrillas ciberfeministas. Con todo, reparando en que quizás el anonimato sea un concepto gradual, conviene en este punto, como señala Helen Kennedy (2006), tener en cuenta la distinción entre el “ser anónimo” y el “sentir anonimato”. Si la trazabilidad, es decir, los rastros que vamos dejando tras nuestro teclear en la Red, nos alejan cada vez más del “ser anónimo” en Internet, lo cierto es que “sentir anonimato”, derivado nuevamente de la distancia sígnica, puede seguir teniendo efectos subversivos e invitar de nuevo a una desobediencia civil electrónica. Aprovechándose de la no contigüidad entre los signos digitales y sus referentes, los ejercicios de distancia pueden relajarnos y atraer acciones de resistencia. Acciones de denuncia, como la reciente campaña #Metoo, #Yotambien, donde a pesar de tener un rostro concreto y de estar escritos en primera persona, se valen de esa sensación posible ante la pantalla de una computadora desde la intimidad de un cuarto propio. #PrimAcoso, #YoSoyPutta, #Estoygritando y un largo etcétera inundan las Redes Sociales actualizando formas y maneras de combatir el sistema patriarcal.

A la oleada de *hashtags* se le suman muchas otras iniciativas que, quizás de modo más explícito, se apoyan en el “sentir anonimato” que infunde la Red. A través de perfiles con nombres múltiples, con nombres sin un rostro único, bajo pseudónimos y avatares, es decir, resguardados tras los signos, se acometen asaltos al código, en un intento de deconstrucción del mismo, a la vez que se busca crear, desde códigos alternativos, otras posibles asociaciones sígnicas. Por reseñar tan sólo algunos ejemplos, respecto a los primeros, basta con darse un paseo por alguna Red Social y reparar en las múltiples páginas

donde, camufladas con nombres sin un referente claro, se trabaja por legitimar discursos insurgentes contra el monopolio de la voz única, contrainformando, denunciando y produciendo contenidos que regeneran el espacio público. Perfiles anónimos, ficticios y falsos que, junto con el uso de pseudónimos, como Cybergrrl o @Barbiehijaputa, por citar dos casos emblemáticos, allanan el camino de la ciberguerrilla feminista al explotar la mencionada distancia signica. Incluso, aunque los avatares tuvieron su época de esplendor en los cibersalones metaversos, vuelven desde las habitaciones propias para mostrar la potencialidad de los cuerpos-interfaz. Tal es el reciente caso de E Jane con *E. The Avatar* (2015)¹². Una artista que -bajo los alias de DJ, EJane o Mhysa- empleando varias Redes Sociales (Tumblr, Twitter, Youtube, etc.) crea estéticas de resistencia como la producción de su identidad Avatar, donde a través de webisodios se dirige, en un plano medio, al público durante unos minutos hablando sobre sí misma, sobre Avatar. Acompañan a los distintos capítulos, donde edita y confecciona su identidad avatar, una especie de tienda *online* en la que vende un conjunto de artículos de ropa, como camisetas que ella misma diseña. Su proyecto de auto-mercantilización juega diseñando identidades, experimenta en el espacio signico interactuando con la distancia, creando identidades en línea.

Sin poder reparar aquí en las múltiples lecturas que suscita la estrategia del anonimato (no sólo desde su vertiente política, sino también ética, técnica o legal), podríamos decir que el poder de la mascarada no desaparece del todo en los más actuales “cuartos propios conectados” y que las técnicas de distanciamiento, propias de las “guerrillas de la comunicación”, continúan a ejercer un papel fundamental: *“Las guerrillas de la comunicación no practican el distanciamiento como un juego cualquiera y sin finalidad; éste adquiere carácter político cuando intenta hacer visibles y conscientes unas relaciones de poder naturalizadas y no expresadas, unos aspectos reprimidos o normalizados de las relaciones sociales”* (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 48).

De tal modo que las acciones discursivas de distanciamiento facultan a las ciberguerrilleras a entablar juegos políticos que actualizan y reactualizan los feminismos en Red. La atracción de la mascarada despliega así su eficacia para intervenir en la esfera pública *online* logrando cuestionar las reglas que producen y reproducen los códigos de poder patriarcal. Mascaradas que permiten *fakes*, como engaños, imitaciones o falsificaciones, pero también unidades efectivas de *trolls* que se sirven del anonimato y que, junto con los *bots* (programas de software que copian el comportamiento comunicativo humano), se propagan por el ciberespacio. Un espacio donde también habitan y se prodigan machitrolls y ciberacosadores por lo que otra estrategia de la guerrilla ciberfeminista será, disponiendo del mismo terreno, troleo, memear y fakear al patriarcado con ironía, parodia y buen humor.

12. <http://www.e-jane.net/e-the-avatar.html>

4. EL ATAQUE SORPRESA: RAPIDEZ CON IRONÍA, PARODIA Y HUMOR

La sorpresa se vuelve una valiosa estrategia para las guerrillas en tanto que, con pocos medios, se consigue causar un positivo impacto y un efectivo desconcierto. Las ciberguerrilleras así lo entendieron cuando la pusieron en práctica y se organizaron para sorprender, confundiendo los códigos, a la vez que articulaban una crítica que conducía a introducir interrogantes. Esto es, a preguntarse como efecto de la perturbación causada por la propia sorpresa. La sorpresa entonces como acto pero también como resultado de varias tácticas con las que desestabilizar relaciones convencionales y mostrar su propia contingencia y desnaturalización. Para entender los efectos inesperados de la sorpresa, las cyberfeministas se valieron, por una parte, de una estética cargada de humor que pivota sobre la práctica irónica y paródica y, por otra parte, se sumaron a la velocidad, al poder del *feedback* inmediato característico del medio electrónico *online*.

Varios ataques cyberfeministas asumieron, desde el inicio, el método irónico de Haraway, para poner en marcha su política cyborg en el entorno del ciberespacio. De este modo animaba la filósofa estadounidense a apropiarse de la burla y mantener una posición crítica irónica: *“La ironía se ocupa de las contradicciones que, incluso dialécticamente, no dan lugar a totalidades mayores, se ocupa de la tensión inherente a mantener juntas cosas incompatibles, consideradas necesarias y verdaderas. La ironía trata del humor y de la seriedad. Es también una estrategia retórica y un método político para el que yo pido más respeto dentro del feminismo socialista. En el centro de mi irónica fe, mi blasfemia es la imagen del cyborg”* (Haraway, 1995: 253).

La efectividad de la ironía se reveló desde el mismo momento en que las cyberfeministas, tal y como señala Victoria Vesna, se sirvieron de uno de los campos de hegemonía masculina (las ciencias, en concreto las informáticas y las computadoras) para desestabilizar el propio sistema patriarcal (Vesna, 1997). Así, disponiendo del terrero del *otro* para actuar, se presentaron las VNS Matrix como “el virus del nuevo desorden mundial, rompiendo lo simbólico desde dentro” y autoproclamándose como “las saboteadoras del gran papá mainframe”, esto es, presentándose como francotiradoras semióticas capaces de asaltar y bombardear el funcionamiento de la ingente cantidad de datos procesados por una computadora central. La constante irónica de los ataques cyberfeministas pronto se fundió con la parodia como arma para destapar y desenmascarar el sistema patriarcal, esto es, como “medio de lucha para cuestionar formas aparentemente naturales acerca de quién tiene que reflexionar y hablar sobre qué y cómo” (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 91). En este sentido, Cornelia Sollfrank consiguió en 1997, con su proyecto titulado “Female Extension”¹³, poner en práctica la potencialidad subversiva de la ironía y la parodia. Su intervención en “Extension” -el primer concurso de Net Art de la Galerie der Gegenwart de Hamburgo- le valió el reconocimiento de una de las burlas más sonadas

13. <http://artwarez.org/femext/index.html>

del ciberactivismo feminista. La artista alemana logró, a través de un *software*, crear doscientos perfiles inventados de mujeres artistas ficticias, con sus respectivas obras de arte, con los que se presentó al concurso. Registró así doscientos nombres y mails de mujeres de siete nacionalidades distintas, obteniendo sus respectivas contraseñas con las que gestionar la participación en el evento. El fallo del jurado, a pesar de la festejada afluencia de mujeres por parte de la organización, fue otorgar las tres distinciones a artistas hombres. Aunque la acción de Cornelia, desvelada tan sólo por ella misma después del fallo, logrará situar en el concurso a un tercio de participantes mujeres, ninguna de las obras de net art de ellas se alzó con algún premio. Su genial crítica a la poca presencia de las mujeres en los premios de arte y su irónica idea puede ser leída como la práctica de un buen fake en tanto que: *“El funcionamiento del fake se basa en una paradoja. Por un lado, el fake debería ser lo menos reconocible posible (o sea, la falsificación tiene que estar bien hecha); por otro lado, no obstante, debería desencadenar al mismo tiempo un proceso comunicativo donde quede claro que se trataba de información falsa (o sea el fake tiene que ser descubierto)”* (Blissett, Brünzels y a.f.r.i.k.a, 2000: 68-69).

La fuerza performativa de los fakes se debe justamente a su contradicción. Trabajando con la ambigüedad, la acción de fakear es capaz de desordenar el orden, lo que permite abrir la posibilidad a novedosas formas de representar y representarse online. Ayudándose de las herramientas sígnicas de la Web, las ciberfeministas en su fakear siguieron la estela teórica no sólo del mencionado método irónico de Haraway sino que también se aproximaron a las propuestas de Butler y de Braidotti. Así, la “política de la parodia”, según la defendió Butler, sirvió a las guerrilleras ciber para buscar instalarse en el mismo mecanismo del poder, en sus márgenes, procurando desde los códigos Web parodiar, confundir, teatralizar y poner de este modo en evidencia el carácter ficticio del sistema sexo-género. La estrategia, entonces, pasaba por filtrarse en las fisuras del poder para edificar una resistencia transgresora que rompa con la lógica dual clásica. Desde dentro multiplicar, diversificar los significados: ampliar unas categorías rígidas y obsoletas que se articulan en base a la discriminación. De este modo discurrieron *online* atendiendo a que con las palabras, según teorizó la filósofa norteamericana, no solo se pueden hacer cosas sino que también podemos mudarlas, ya que “apropiarse indebidamente del performativo o expropiarlo quizás sería una buena oportunidad para mostrar las formas dominantes de autoridad y los procedimientos de exclusión que utilizan” (Butler, 2004: 254). La maniobra performativa propuesta por Butler ha sido un aliciente para las ciberfeministas cuando se marcaron el objetivo de alterar los significados, en un intento de traducir la efectividad sígnica de la parodia al entorno Web. Igualmente las acciones de las ciberguerrilleras se han inspirado en la filosofía del “como si” teorizada por Rossi Braidotti, cuando avisó que: *“Desde mi punto de vista, el poder que nos puede dar la práctica teórica y política del ‘como si’, radica en su potencial para abrir, a través de sucesivas repeticiones y estrategias miméticas, espacios donde se pueden engendrar manifestaciones*

de acción feminista. Es decir, a través de la parodia podemos hacernos con algo de poder, siempre y cuando se lleve a cabo con una conciencia crítica enfocada a la subversión de los códigos dominantes” (Braidotti, 1996).

La práctica de la parodia y la ironía han estado en el centro de las tácticas ciberfeministas encaminadas a cuestionar el sistema sexo-género, transgrediéndolo o poniendo en crisis las convenciones semióticas a él asociadas. Así, siguiendo la recomendación de Braidotti, el giro ciberfeminista a la Web 2.0 continuó asimismo con acciones animadas a alterar los códigos. Siempre con una gran dosis de humor tal y como nos provocan, entre otras, las Feministinem finlandesas con su microblogging “Allmalepanels”¹⁴ inaugurado en 2015. Con la frase de bienvenida “Congratulations, you have an all male panel!” las Feministinem nos reciben en la Red Social Tumblr si fuimos capaces de encontrar “paneles machos” que llenan nuestras vidas cotidianas, concretamente, en lo relativo a la academia (seminarios, congresos, ciclos de conferencias, etc.). Una vez localizadas las fotografías, las capturas de pantalla de programas, congresos o eventos “100% hombres”, esto es, donde las mujeres no están, podemos acceder a su blog donde es posible agregarle a la fotografía el sello ganador (Hoffsome) gracias al robot “hoffsomerator” que permite incrustarle automáticamente la imagen de la estrella de televisión David Hasselhoff, en su papel de Michael Knight y su coche fantástico. Una de sus creadoras, Saara Sarma, explicaba en una entrevista concedida a *The Guardian*, que esa elección simbólica representaba el epítome de una masculinidad blanca, aunque matizaba que “Hoff es simplemente AlgúnHoff”, diríamos cualquier Hoff. Meses más tarde, allá por el mes de mayo del mismo año 2015, asomaba una iniciativa similar en Facebook y Twitter; la versión gallega “TodoPirolos”¹⁵ con la intención, en sus palabras, de ir “a la búsqueda de eventos fully machotes, todo pirolos, esas muestras de masculinidad 100% que te puedes encontrar en el día a día”. Ellas mismas se encargan de timbrar con el sello ganador de Todopirolos, a saber: Xosé Ramón Gayoso (mítico presentador de la televisión autonómica TVG que lleva más de veinticinco años conduciendo el eterno programa “Luar” de los viernes por la noche) y la Torre de Hércules, el faro romano del siglo I situado en A Coruña. Así, bien por vía de su muro en Facebook o bien a través de su cuenta en Twitter el modo de proceder es etiquetando las imágenes que dan cuenta de la invisibilidad de las mujeres con tres hashtag: #todopirolos, #parabensfixeches1xuntanzatodopirolos ou #criticatestimonial. Estos hashtag se suman a otros como el caso catalán de #campdenaps para etiquetar y referirse a actos, reuniones, conciertos, etc. donde solo hay hombres, donde solo se visibiliza un “campo de nabos”.

14. <http://allmalepanels.tumblr.com>

15. La traducción sería TodoPenes aunque para enfatizar más optaron por convertir el sustantivo femenino “pirola” en masculino, proponiendo el sustantivo inventado “pirolo”. De hecho, hicieron uso de ese lenguaje satírico en las Redes Sociales hablando de “especialistas”, “pirolítica”, “pirologrinos”, “escritoros”, “poesío”, “Pirolis Causa”, “metropirolitana” o incluso de “Falo de Vigo”, en referencia al periódico olívico.

Sin abandonar las armas paródicas e irónicas, la velocidad propia del medio electrónico ha facilitado y contribuido además a la efectividad del ataque sorpresa. Así, junto a los señalados ataques burlescos a través fundamentalmente de texto e imágenes, las guerrillas ciberfeministas se armaron también de memes¹⁶. Su rápida circulación y propagación así como sus posibilidades multimedias permiten seguir el frenético ritmo de los *clicks* y compartir ideas que, desde el humor, deconstruyan los códigos dominantes. Con estas palabras expresa Montserrat Boix el valor de los memes: *“el meme del feminismo se ha extendido de manera imparable. De hecho se ha convertido ya en el virus más poderoso para combatir/hackear el patriarcado. Históricamente el movimiento feminista ha avanzado con la suma de aportaciones anónimas de muchas y muchas mujeres que día a día luchan por transformar el mundo. El ciberfeminismo social se nutre de este espíritu trasladado a la red”* (Boix, 2007).

Memes, fakes y toda la riqueza signica en la Red es usada por las guerrilleras ciber, quienes, tal y como anunciaba Eco, son capaces de armar una “guerrilla semiológica” y dar la batalla renegociando y discutiendo el propio código de partida.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN, LA GUERRILLA SEMIOLÓGICA CIBERFEMINISTA

La praxis semiótica ciberfeminista, al igual que su sentido, se ha mantenido en constante cambio. Las estrategias signicas llevadas a cabo por las ciberguerrilleras no muestran una compacta uniformidad sino que, al igual que el medio electrónico en el que nacen y se reproducen, son intervenciones móviles que han alterado sus significantes, si bien mantienen intacto su significativo ataque, esto es, bombardear el código desde los códigos. Aunque el movimiento ciberfeminista fue un producto de los años noventa del siglo pasado, lo que podría venir a justificar sus recientes bautismos, lo cierto es que su exploración sobre las posibles vinculaciones entre tecnologías y política (tal y como el propio sentido del prefijo ciber recoge) no se han perdido en sus actuales prácticas. Prácticas que han tenido y tienen lugar en el terreno común del código. Esta localización anclada en el código las une en tanto que todas ellas podrían ser comprendidas como acciones propias de una “guerrilla semiológica”. Es decir, el sistema estructurado convencionalmente que correlaciona unos signos con otros se convierte en lugar y objeto de sus acciones ofensivas. Cuestionar el código, apelando para ello a diferentes códigos o, lo que es lo mismo, atendiendo a las posibilidades abiertas a la interpretación, las sitúa como un ejemplo de “guerrilla de la comunicación” encaminada a sabotear el cifrado y descifrado de la estructura patriarcal. Así, unidas en la batalla, las estrategias

16. El término se le debe a Richard Dawkins cuando, en su afamado libro *El gen egoísta*, propone el término como “nombre para el nuevo replicador, un sustantivo que conlleve la idea de una unidad de transmisión cultural, o una unidad de *imitación*. «Mímeme» se deriva de una apropiada raíz griega, pero deseo un monosílabo que suene algo parecido a «gen»” (Dawkins, 1993: 2018).

de las ciberguerrilleras, las de antes y las de ahora, se caracterizan por compartir esa permanente movilidad propia de toda guerrilla, lo que, lejos de restarle valor, le otorga flexibilidad y efectividad a sus constantes embestidas sígnicas. Ciertamente, según hemos visto, algunas de sus tácticas a corto plazo cambian de posición (de cibersalones a cuartos propios conectados) y de acciones (de estar más centradas en videojuegos, pasando por fakes hasta los más presentes memes) adaptándose de este modo a la velocidad del medio electrónico. A largo plazo, sin embargo, no ocurre lo mismo ya que podemos constatar la vigencia continuada de dos de sus estrategias, a saber, el anonimato y la sorpresa. El ataque sin ser visto y el ataque sorpresa, apoyados en un lenguaje irónico y paródico, constituyen una constante móvil de la que se han servido las guerrilleras ciberfeministas en su activismo online. Una praxis activa online donde, como dice Eco, bastará con “cambiar un milímetro la mira de la escopeta semiótica, y vuelta a empezar” (Pancorbo, 1977) ya que en el campo sígnico Web, al igual que en el del decir y hacer cosas con palabras, todo es susceptible de nuevos ataques y de nuevos análisis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Basset, Tully (2014) “Monstruos Agents: Cyberfeminist Media and Activism”. *Ada. A Journal of Gender, New Media, and Technology* 5. <http://adanewmedia.org/2014/07/issue5-barnett/> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Boix, Montserrat (2007) “Hackeando el patriarcado: La lucha contra la violencia hacia las mujeres como nexo. Filosofía y práctica de Mujeres en Red desde el ciberfeminismo social” <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article880> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Braidotti, Rosi (1996) “Un ciberfeminismo diferente” <http://www.estudiosonline.net/texts/diferente.html> [Consultado el 28 de diciembre de 2017]

Blissett, Luther y Brünzels, Sonja (con el grupo autónomo a.f.r.i.k.a) (2000) *Manual de guerrilla de la comunicación*. Barcelona: Editorial Virus.

Butler, Judith (2004) *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis.

Campos Fonseca, Susan (2016) “Ciberfeminismo y estudios sonoros”. *Interdisciplina* 4(8), pp. 141-162.

Cuboniks, Laboria (2015) “Xenofeminismo: Una política por la alienación” http://laboriacuboniks.net/20150903-xf_layout_web_ES.pdf [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Daniels, Jessie (2009) “Rethinking Cyberfeminism(s): Race, Gender and Embodiment”. *Women’s Studies Quarterly* 1-2(37), pp. 101-124.

Dawkins, Richard (1993) *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra cultura*. Barcelona: Biblioteca Científica Salvat.

Demaria, Cristina (2008) “Il dibattito sul genere e le nuove tecnologie: rapporti, usi e rappresentazioni”. En Cristina Demaria y Patrizia Violi (eds.) *Tecnologie di Genere. Teoria, usi e pratiche di donne nella rete*. Bologna: Bononia University Press, pp. 21-51.

De Salvador Agra, Saleta (2008) “Tecnologías digitales del género: de la revisión a la borrosidad en los ciberfeminismos” *Memorias IX Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género. Sevilla, 31 enero a 3 febrero de 2012*. <http://www.oei.es/congresoctg/memoria/pdf/DeSalvador.pdf> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

De Salvador Agra, Saleta (2016a) “Subxectividades na Rede, ¿identidades en crise?”. En Xaquín Rodríguez, Beatriz Fernández y Elena Freire (eds.) *A Crise de Occidente*. Lugo: Editorial Axac, pp. 63- 72.

De Salvador Agra, Saleta (2016b) “Corpos na Rede: descriptando as voces descorporizadas e os corpos hipermediados”. En Xosé A. Neira (ed.) *O corpo a debate: diversidade nos mecanismos, práticas e avatares da corporalidade como inscrição social*. Santiago de Compostela: CampUSCulturae Project, D.L., pp. 129-148.

- Eco, Umberto (1982) "Codice" in *Enciclopedia Einaudi*. Torino: Einaudi, pp. 243-281.
- Eco, Umberto (1986) "Para una guerrilla semiológica" *La estrategia de la ilusión*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Galloway, Alex (1998) "A Report on Cyberfeminism. Sadie Plant relative to VNS Matriz" <http://switch.sjsu.edu/web/v4n1/alex.html> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].
- Guerrilla Girls (2012) "Manual de mala conducta de las Guerrilla Girls" http://www.vivafeministart.eus/bitstream/20.500.12120/20/13/GuerrillaGirls_spa.pdf [Consultado el 28 de diciembre de 2017].
- Halmø Kroløkke, Charlotte (2003) "Grrl explorer of the World Wild Web". *Nora* 11(3), pp. 140-148.
- Haraway, Donna (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Hester, Helen (2017) "After the Future: *n* Hypotheses of Post-Cyber Feminism" <http://beingres.org/2017/06/30/afterthefuture-helenhester/> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].
- Kennedy, Helen (2006) "Beyond anonymity, or future direction for internet identity research". *New Media and Society* 6(8), pp. 859-876.
- Kuni, Verena (1999) "The Art of Performing Cyberfeminism". En Old Boys Network (ed.) *Next Cyberfeminist International*. Hamburg: OBN, pp. 69-73.
- Martínez, Yolanda y De Salvador, Saleta (2014) "El produser como producción de usuarios: más allá de wreaders y de prosumers". *Razón y Palabra* 86 http://www.razonypalabra.org.mx/N/N86/V86/24_MartinezSalvador_V86.pdf [Consultado el 28 de diciembre de 2017].
- Nakamura, Lisa (2001) "Race In/For Cyberspace: Identity Tourism and Racial Passing on the Internet". En David Trend (Ed.). *Reading digital culture*. Cambridge: M.A Blackwell, pp. 226-236
- O'Brien, Jodi (2003) "La escritura en el cuerpo. La (re)producción del género en la interacción on-line". En Peter Kollock y Marc A. (ed.) *Comunidades en el ciberespacio*. Barcelona: UOC, pp. 109-146
- Ocampo Jiménez, Alicia (2006) "Il problema dell'incarnazione come eredità del dualismo cartesiano: una riflessione tra genere e media". En Francesca De Ruggieri y Annarita Celeste Pugliese (eds.) *Futura. Genere e Tecnologia*. Roma: Meltemi, pp. 47-52.
- Paasonen, Susanna (2011) "Revisiting cyberfeminism". *Communications* 36, pp. 335-352.
- Pancorbo, Luis (1977) *Ecoloquio con Umberto o la magia imposible de la semiótica*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Platón (1981) *La República*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Puleo, Alicia H. (1992) “Una cristalización político-social de los ideales ilustrados: los “Cahiers de Doléances” de 1789”. En Celia Amorós (coord.) *Actas del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid, pp. 147-153.

Reid, Elisabeth M. (1991) “Electropolis: communication and Community” <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download;jsessionid=8F540AB211F0AF35AE21FE3AE851D196?-doi=10.1.1.42.5341&rep=rep1&type=pdf> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Sádaba, Igor (2009) *Cyborg. Sueños y pesadillas de las tecnologías*. Barcelona: Península.

Sollfrank, Cornelia (2015) “Revising Cyberfeminism”. *Art Papers* http://www.artpapers.org/feature_articles/2015_0506-cyberfeminism.html [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Stone, Allucquère Rossane (1991) “Will the Real Body Please Stand Up?: Boundary Stories about Virtual Cultures”. En Michael Benedikt (ed.) *Cyberspace: First Steps*. Cambridge Mass./Londres: MIT Press, pp.81-118.

Turkle, Sherry (1997) *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Barcelona: Editorial Paidós.

Vesna, Victoria (1997) “From Fe-mail to f-e-mail & Beyond: Cyberfeminist Networks on the Web” <http://vv.arts.ucla.edu/publications/publications/95-97/f-e-mail/beyond.htm> [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Wajcman, Judy (1991) *Feminism Confronts Technology*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

Wajcman, Judy (2008) *El tecnofeminismo*. Madrid: Cátedra.

Wilding, Faith (1998) “Where is Feminism in Cyberfeminism?” http://www.obn.org/reading_room/writings/html/where.html [Consultado el 28 de diciembre de 2017].

Wilding, Faith y Fernández, María (1999) “Feminism, Difference, and global Capital”. En Old Boys Network (ed.). *Next Cyberfeminist International*. Hamburg: OBN, pp. 22-25.

Zafra, Remedios (2005) *Netianas. N(h)hacer mujer en Internet*. Madrid: Lengua de Trapo.

Zafra, Remedios (2010) *Un cuarto propio conectado. (Ciber) espacio y (auto) gestión del yo*. Madrid: Fórcola Ediciones.